

Israel: un proyecto en la historia; un proyecto hecho historia.

Judit Bokser Liwerant

Ciertamente los proyectos y las utopías constituyen móviles centrales de la acción humana individual y colectiva. En la búsqueda de lo deseado se encuentran las necesidades de las sociedades con el modo en el cual los individuos entienden y diagnostican esa realidad. Desde esta perspectiva, la idea sionista y el surgimiento del Estado de Israel constituyen un encuentro entre necesidades y visiones en el marco de una historia de continuidad y cambios. Es la historia que se inserta en milenios de improbabilidades y posibilidades; de utopías y concreciones y que, a su vez, representa un distanciamiento de una trayectoria previa para formular en nuevos términos y ante igualmente nuevas circunstancias un amplio proyecto de renovación de la vida colectiva, de renacimiento cultural y social y de soberanía política.

Un juego de paradojas define magníficamente la vieja-nueva historia del pueblo judío, vieja por su tradición civilizatoria, su ética y peculiar conjunción de pertenencia, credo, cultura y memoria compartida; nueva por conquistar un “lugar bajo el sol” dentro del concierto de las naciones contemporáneas buscando reconstituir un pueblo, renovar una cultura, crear un nuevo hombre en una vieja tierra por trabajar. Nueva y vieja porque el proyecto de renacimiento nacional sionista es pensado como regreso a la Tierra ancestral por medio de una voluntad colectiva de acción que busca la redefinición de la exclusiva condición diaspórica judía, en una tensa oscilación entre su negación y su afirmación.

. Un proyecto surgido del impacto crítico y contradictorio de la Modernidad sobre la condición judía. A través de una novedosa rebelión frente a la normatividad tradicional judía, el sionismo buscó ser una respuesta a las diferentes situaciones que enfrentaron los

judíos y el judaísmo, para lo cual era necesario reconstituir la idea de *un* pueblo judío y que fuese actor de su propia historia.

Proyecto que en toda su novedad necesitó y buscó insertarse en la historia milenaria que va de la conquista de Canaan a la construcción institucional monárquica; del sacrificio politeísta a la ética profética; del yahvismo henoteísta a la universalidad monoteísta; de la rígida teocracia sacerdotal al humanismo rabínico -de los *zugot* a los *tanaím* y de ellos a los *amoraím*, *savoraím*, *geoním*, *rishoním* y *ajaroním*; del auge a la destrucción del Primer y segundo Templos; del trágico exilio geopolítico al mesianismo salvífico; del colapso de la soberanía a los imperecederos logros religioso- literarios de la *Toráh*, la *Mishná* y el *Talmud*; de la recreación de nuevos centros culturales :Palestina — Yavneh—, Babilonia —Sura y Pumbedita—, *Sefarad* —al-Andalus— *Ashkenaz* —Vilna, al desastre demagógico de los falsos mesías; de la judeofobia persecutoria de la Edad Media a la liberación social y contradictoria de la Modernidad. De la rigidez de la ortodoxia a la alegre piedad del jasidismo; de los círculos cerrados del legalismo religioso a la libertad de pensamiento de la Haskalá; de la Emancipación en clave de asimilación a la Emancipación en clave de integración; de la ciudadanización individual al rechazo grupal; del *pogrom* al reformismo liberal y al socialismo revolucionario, en una transición que parte de la identidad tradicional a los reclamos como nación y a la reivindicación sionista.

El sionismo fue al mismo tiempo una estrategia de incorporación a la Modernidad —la definición del judaísmo como nacionalidad, su normalización estatal como el resto de las naciones; un amplio *aggiornamento* cultural y nacional— y un recurso de huida de su impacto desintegrador de la existencia judía colectiva.

La amplitud de propósitos de configurar renovadamente a una nación y ser su portavoz, sus variados propósitos de reforma social, económica y cultural y de liberación nacional así como las diferentes necesidades de las comunidades judías convirtieron al sionismo en una arena de debates de protagonistas de las más variadas tendencias. el sionismo político y el cultural, el socialista y el religioso...

Como todo proyecto histórico, se entretendió con la realidad. La esperanza del nuevo inicio que pondría fin a la vulnerabilidad que conllevó el antisemitismo moderno - el *Judenstaat* como proyecto del Hogar Nacional Judío- se concretó y, paradójicamente, debió construirse sobre la devastación del Holocausto.

Así, el futuro de la idea de un Estado judío y del sionismo -que había contendido con los nacionalismos diaspóricos tales como el bundismo, el autonomismo, el integralismo cultural e inclusive el territorialismo y con el atractivo que ejercieron sobre los judíos los movimientos socialistas y revolucionarios de la época, se vio determinado por dos desarrollos fundamentales: la construcción de una nueva sociedad en Palestina y la destrucción del judaísmo europeo con el Holocausto. El primer aspecto revela los esfuerzos por llevar a cabo el carácter idealista de su objetivo a través de la construcción de un nuevo hombre judío y una nueva sociedad judía en una vieja tierra ancestral y mítica.

El Holocausto, por su parte, puso fin a la viabilidad de las propuestas alternativas del judaísmo, dejando al sionismo prácticamente como única respuesta al mantenimiento y renovación de la identidad judía colectiva. Desde esta óptica, puede ser visto, tal como lo señaló Gershom Scholem, como resultado de una compleja dialéctica entre continuidad y cambio en el judaísmo, representada del modo más dramático por el hecho de que a pesar de que surgió como una rebelión frente a la normatividad del pasado y a la ortodoxia tradicional, debió enfrentarse al hecho de que, después de la destrucción, se erguía como el continuador del judaísmo.

De los campos de exterminio al Estado de Israel, verdad del contrasentido de la historia misma del siglo XX. El Estado ideal y el Estado refugio abrieron ciertamente nuevas oportunidades de desarrollo a la condición judía, a los objetivos planteados y los no previstos, en una apuesta a construir una nueva sociedad.

Tradición y Modernidad se funden en una utopía hecha proyecto. El juego entre ideología y necesidad acompañan este proyecto hecho historia. Logros individuales y colectivos: inclusión de diásporas; índices de desarrollo; resultados científicos y

tecnológicos; creatividad y consolidación institucional; un sistema democrático en un entorno hostil; referente de identidad para una diáspora cuya vitalidad se nutre y entreteje- aún con desencuentros- con la realidad del Estado de Israel.

Nuevas paradojas. La construcción, desarrollo y defensa de un Estado nacional judío han generado nuevas realidades, resultantes de un nacionalismo que reivindica la misma tierra y la existencia soberana como sus referentes de identidad: el árabe palestino.

Sí, Israel es el juego de las paradojas por excelencia que continúa debatiéndose entre su derecho de ser y proyectarse y su necesidad de permanecer; entre estar condenado a luchar con la espada o ser un faro de luz para las naciones; entre saber de su ética milenaria y reinterpretada y lidiar con la lógica que la fuerza impone.

A sesenta años de distancia, nos acompañan regocijo y reflexiones profundas sobre el proyecto y el sueño hecho realidad. Sin lugar a dudas, Israel ha devenido el referente principal de la identidad colectiva del mundo judío, al tiempo que necesariamente genera y comparte conflictos. Innegablemente constituye una potencia regional. Admirablemente está a la vanguardia en muchos órdenes del desarrollo humano. Sorprendentemente posee una vitalidad a prueba de todo. Pero sigue, sin embargo, luchando por su supervivencia en un entorno en el cual la paz tarda en llegar.

60 años de victorias honrosas, sí, pero también de un alto costo devengado. Si como dice *Kohelet*, “Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo”, habremos de confiar que el único Estado en la historia creado por votación internacional democrática haya pasado, al fin, el tiempo de guerra y pueda conocer un auténtico tiempo de paz. Este deseo requiere voluntad propia y ajena. Que éste sea el mejor parabién para la vieja-joven nación: 4,000 y 60 años lo demandan.

